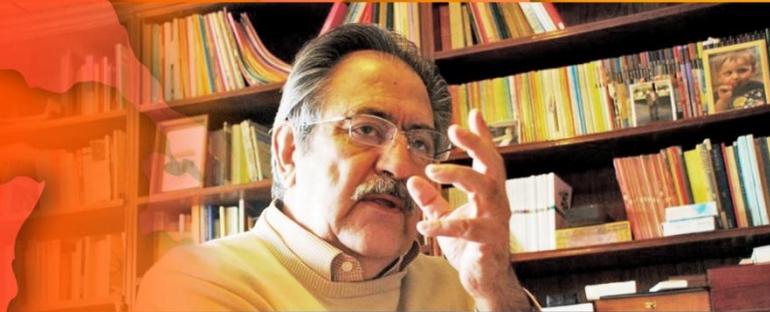


Edison Ortiz González

El PS 20 años después del 27° Congreso

De la casa común a la
archipiélagización de la
izquierda



Índice

	Página
Prólogo	3
El final	5
Racconto: 20 años después	7
El PS hace dos décadas	9
La previa a la defenestración de Gonzalo Martner	10
El XXVII Congreso: el golpe blanco	12
La compleja relación entre Gonzalo Martner y Michelle Bachelet: ¿anticipo de su caída?	13
El fin del proyecto progresista en la Concertación	20
2017: la persistencia de la dispersión	23
En el erial (no) iban a crecer flores	24
El PS: ¿qué pasó anoche?	25
La ignominia: ¿por dónde empezar?	26
2025, veinte años después rebobinando la historia (o el lento ocaso del PS)	30
XXVII Congreso del PS: Lecciones para un futuro incierto.	36

Prólogo

En diciembre de 1991, hace casi 35 años, escribí un texto de balance del primer gobierno post-dictatorial, en que afirmaba la idea de una transición inconclusa y de la necesidad de seguir bregando por nuestros objetivos emancipadores: *“no es dramatizar sostener que transformar al PS en un partido más del poder, crecientemente vergonzante de su historia y sus tradiciones, es precipitar su marginalización política y dejar sin expresión política al mundo de los trabajadores y los sectores sociales postergados que aspiran a una sociedad en la que sus intereses estén mejor representados y mejor defendidos. Ello no implica en absoluto no perseverar en nuestra política de inserción en una coalición democrática y progresista amplia: sólo supone hacerlo desde lo que somos, reivindicando lo que somos y defendiendo lo que somos. Nuestro compromiso con un nuevo gobierno de la concertación debe ser sin ambigüedades, pero sobre la base de la suscripción de un contrato de gobierno con contenidos claros y convenidos, en el que nuestras principales reivindicaciones programáticas estén consideradas. Eso es lo que debemos asegurar en las semanas que vienen y no la negociación de meras cuotas de poder”* (<https://gonzalomartner.blogspot.com/1994/12/la-transicion-inconclusa-y-las-tareas.html>).

Esto no gustó al presidente Aylwin, para quien la transición había concluido en lo esencial, ni a los conservadores equipos del entrante presidente Frei, pero era un llamado a no abandonar nuestros propósitos en la lucha contra la dictadura. Lo hice antes y después de asumir la secretaría general del PS en marzo de 1994 y siendo aún subsecretario de desarrollo regional y administrativo del Ministerio del Interior, luego de participar de las luchas por recuperar la democracia perdida en 1973, haber sido parte de la dirección del Partido Socialista desde 1985, haber dirigido el control paralelo del plebiscito de 1988 y redactado, con muchos otros, el programa de gobierno de 1989.

He procurado siempre persistir en ese enfoque. No he tenido razones convincentes para no hacerlo. Todo lo que me tocó empujar en la década siguiente, como parte de procesos colectivos, se orientó en la misma dirección, incluso cuando fui presidente del PS en 2003-2005, lo que molestaba a los partidarios de la adaptación al poder sin rumbo. No tuve éxito sino muy parcial en la tarea, en la que me empeñé con algún protagonismo hasta 2005, luego de perder por pocos votos el 27° congreso del PS. Me había propuesto hace 20 años, y lo haría otra vez, consolidar una institucionalización organizacional y validar, más allá de la contingencia y de los oportunismos individuales, un proyecto de transformación social en democracia de largo plazo. En el camino hubo logros importantes, como el primer gobierno identificado con la izquierda con Ricardo Lagos en 2000-2006 y los dos gobiernos de Michelle Bachelet, la primera mujer presidenta de Chile. Estos obtuvieron mejorías en las condiciones de vida de la mayoría social y logros en el castigo de las violaciones de derechos humanos, pero enfrentaron dificultades, incoherencias, renunciadas y frustraciones, lo que terminó en las victorias electorales de la derecha y en la rebelión social de 2019. Luego siguió, como era de esperar, la llegada al poder de una nueva generación hiper-crítica de la tarea previamente

realizada, pero que terminó por impericia y falta de mayorías en la frustración del largamente buscado cambio constitucional y de las reformas sociales indispensables para dejar atrás el neoliberalismo, aquel modelo impuesto por la dictadura y prolongado en la transición, en la que hubo quienes *“hicieron de necesidad virtud”*. A esto no fue ajeno que en el Partido Socialista se había despejado mucho antes el camino para el predominio de *“la negociación de meras cuotas de poder”*, que el texto de Edison Ortiz, con su propia interpretación, reseña de manera documentada.

Este trabajo constituye un aporte al debate siempre cruzado por la tarea de Sísifo, aquella que se renueva una y otra vez en el paso de la voluntad de cambio social a resultados efectivos en favor de las mayorías trabajadoras y de las nuevas generaciones. Esta es la tarea que, desde la izquierda, más allá de la evolución circunstancial de tales o cuales individuos o grupos, nunca debe abandonarse: es la que se apoya en los tiempos largos de la historia de la emancipación humana.

Gonzalo D. Martner

El final

“En fin, hacia el amanecer del domingo 30 de enero por un estrecho margen, diferencia de diez votos, no se extendió el mandato solicitado por la directiva que encabezaba Gonzalo Martner, y de ese modo continuar con la tarea pendiente, que pretendía culminar con Bachelet en la presidencia. Una vez más, al igual que en el XXIII congreso de la organización, cuando se le rechazó, la cuenta a Aniceto Rodríguez, por una mayoría abstencionista, luego que la directiva del exsenador había colaborado para que Allende alcanzara La Moneda, el PS repetía el mismo hecho político. De la toma de decisiones que realice Michelle Bachelet dependerá que el tránsito equivoco y sinuoso que tuvo el PS durante la Unidad Popular no se repita”.

Con esas palabras evaluaba, en el texto “*El socialismo chileno de Allende a Bachelet (1973-2005)*”¹, lo que, eventualmente podría ocurrirle al PS sino no se hacía un gesto unitario para recomponer relaciones después de ese congreso dramático que volvió a tensionar a la organización.

Los barones que encabezaron el golpe de estado dado a Gonzalo Martner -Camilo Escalona, Ricardo Núñez y Ricardo Solari -, según la versión entregada por los periodistas Andrea Insunza y Javier Ortega, llevaban meses reuniéndose con la aspirante a las primarias de la entonces concertación en su departamento².

Luego de perpetrada la defenestración de la directiva que encabezaba el ex subsecretario de la presidencia, el pacto de los conjurados puso a Ricardo Nuñez como presidente del PS durante todo el 2005 y a Camilo Escalona como secretario general, y en la elección de abril del 2006, ya con Bachelet como presidenta, se impondría la alianza que reunía a las tres fuerzas que representaban a los protagonistas del golpe interno: Renovados de Nuñez y Schilling, Nueva Izquierda de Camilo Escalona y Tercerismo de Ricardo Solari, instalándose en entonces senador por Los Lagos, Camilo Escalona, como presidente del partido y Marcelo Schilling como su secretario general en un acuerdo político que se extendería hasta 2010.

Como ya se sabe Michelle Bachelet privilegió la relación con el presidente del PS, y amigo de juventud, Camilo Escalona, quien, con mano férrea, dirigió la colectividad durante cuatro años, periodo en que se quebró la concertación, se dividió el PDC, comenzó la diáspora en el PS y se quebró también el PPD. El corolario de la hegemonía de Escalona sobre el oficialismo concluyó con él mismo dejando anticipadamente su cargo como presidente de la colectividad luego de pérdida la presidencial con Frei Ruiz-Tagle y su criticado papel en todo ese proceso que luego de veinte años llevó a la

¹ Edison Ortiz, *El socialismo chileno de Allende a Bachelet (1973-2005)*, Pla-Fiadelso, 2007, págs., 467-468.

² Andrea Insunza y Javier Ortega, *Bachelet. La historia no oficial*, Catalonia-UDP, 3ª edición 2013, capítulo 2, “la última paz de Caburgua”, págs., 32-35.

concertación a perder su primera elección presidencial desde el retorno a la democracia.

Como se sabe Bachelet empezó su periodo con mayoría absoluta en ambas cámaras, le dio un aire renovador a una coalición que ya durante el periodo de Ricardo Lagos evidenciaba agripamiento en su estructura. Tal cual lo señaló el periodista Daniel Matamala *“en esta década Bachelet ha batido todos los récords. Los históricos: primera socialista ministra de Defensa desde el golpe militar. Primera mujer ocupando ese puesto. Primera candidata femenina a la presidencia con opciones de ganar. Y, en una sucesión vertiginosa, la primera Presidenta de la República de Chile”*.³

Sin embargo, concluyó su periodo con una coalición derrotada por primera vez desde el fin de la dictadura. A ella la reemplazó en la presidencia Sebastian Piñera, la derecha luego de 50 años sin haber ganado una elección presidencial volvía en gloria y majestad a La Moneda. La coalición oficialista concluyó quebrada, con los colorines fuera del PDC, lo mismo sucedió en el PPD donde abandonaron la colectividad, el senador Fernando Flores, el exdiputado Jorge Schaulsohn y el legislador Esteban Valenzuela.

El panorama en el PS bajo la égida de Escalona no pudo ser, peor, se bloqueó la candidatura de Marco Enríquez-Ominami, que significó su partida junto a la del senador Carlos Ominami y mucha militancia joven, Alejandro Navarro y su grupo Movimiento Al Socialismo (MAS) y una serie de figuras más. Una diáspora que se extendería a lo largo de la segunda década del siglo xxi y que, significaría la partida, entre otros, de sus expresidentes Jorge Arrate, Gonzalo Martner y Germán Correa.

Gran parte de esa responsabilidad fue ciertamente del hombre clave en la administración Bachelet, su Factotum, Camilo Escalona quien debió abandonar la presidencia del PS antes de que culminara su mandato.

Todo había comenzado aquel último fin de semana de enero de 2005, luego de un maratónico evento partidario donde no se discutió nada, salvo hacer caer a la directiva en ejercicio.

³ Ibid., pág. 9.

Racconto: 20 años después

Llama poderosamente la atención que los dos protagonistas de los acontecimientos que durante el último fin de semana de enero de 2005 fueron claves en los sucesos desencadenados en el 27° congreso del PS, no se arroguen su autoría o minimicen su participación en aquellos hechos. En esa perspectiva tanto, Ricardo Núñez y Camilo Escalona, en sus respectivos testimonios, o han guardado un silencio sospechoso o se han referido al hecho de manera tangencial.

Por ejemplo, en su libro testimonio, *“Ricardo Núñez, trayectoria de un socialista de nuestros tiempos”*⁴ que contiene más de 350 páginas solo en una de ellas aborda de manera marginal el tema y ante la pregunta: *“En enero de 2005, en la víspera de la campaña presidencial, cesó antes de tiempo el mandato de Gonzalo Martner, como presidente del Partido Socialista, cargo que fue asumido por usted ¿A qué se debió dicha situación?”* responderá:

Se debió básicamente, a que había un cierto acuerdo en el sentido de que Gonzalo, no estaba generando las condiciones de unidad interna necesarias para facilitar la candidatura de Michelle Bachelet. Había un cierto temor de que su conducta pusiera obstáculos al desarrollo natural y normal de una candidatura que, si bien, parecía prometedora, no generaba aún los mismos grados de fervor que produce en la actualidad. Esto se debía a que había tomado algunas decisiones que no estaban bien consultadas, no solamente con el resto del partido y la dirección que él encabezaba, sino incluso con su propia tendencia al interior de este, que era lo que lo había elevado a la presidencia...Esta situación estalló en enero de 2005, en un congreso partidario que estaba teniendo lugar en el entonces edificio Diego Portales, actual Centro Gabriela Mistral. En dicha ocasión se produjo una gran tensión entre los delegados”⁵

Luego, ante la consulta sobre cómo vivió ese evento se desentenderá de su rol y minimizara su participación en el mismo manifestando que por esa fecha se encontraba en Copiapó con el presidente Lagos inaugurando el nuevo aeropuerto de la ciudad y que no *“tenía intenciones de volverme a Santiago... sin embargo a mediados de la tarde comenzaron a requerir mi presencia en el congreso y el propio presidente Lagos me pasó su teléfono, porque de Santiago me llamaban solicitando que volviera ese mismos día”*⁶.

El exsenador por Atacama expresará luego que el sector al que pertenecía Martner y Escalona estaba fraccionado en torno a la continuidad o no del entonces presidente del PS. Un grupo que Núñez definió como mayoritario acordó pedirle la renuncia cosa

⁴ Arancibia, Patricia et als., *Ricardo Núñez trayectoria de un socialista de nuestros tiempos*, 2013, ediciones Universidad Finis Terrae.

⁵ Ibid. pág. 312

⁶ Ibid. pág. 313.

que el economista no hizo y rodeado de un grupo menor, según Núñez, de su tendencia decidió dar la batalla por la permanencia en el cargo:

“Alrededor de las tres o cuatro de la mañana, se produjo un acuerdo entre el sector renovado, que encabezábamos Marcelo Schilling y yo, y la Nueva Izquierda. Entonces tomamos la determinación de apoyar la decisión de poner término a la dirección encabezada por Martner. Pero el problema radicaba en quien lo sucedería, si Camilo Escalona o yo. Después de largas conversaciones, y dado el cansancio que ya estaba viviendo la mayor parte de los delegados, producto de que había sido un día muy intenso para todos, se tomó la decisión de que yo asumiera la dirección del partido. El acuerdo fue votado y se logró una amplia mayoría”⁷.

Núñez se refirió con ello a la segunda votación, pero la primera, la que no le renovó el mandato a Martner, esa mayoría amplia no lo fue. Los medios de la época que cubrieron el evento, y los propios protagonistas directos hablan de una diferencia de apenas diez votos. Ricardo Núñez en su relato, además, toma distancia del protagonismo suyo en los sucesos y se refiere al congreso como un evento al que llegó nada más que por las circunstancias de la crisis. Sin embargo, diversos relatos refieren a él como uno de sus protagonistas estelares.

Camilo Escalona por su parte, en su texto *“De Allende a Bachelet, una vida política”*⁸, no hace ninguna referencia al XXVII congreso ni menos a su papel en su desenlace. Por el contrario, en el capítulo siete en que aborda el gobierno de Bachelet responsabiliza a los díscolos del principio del fin de la concertación y a Marco Enríquez-Ominami de la victoria de Piñera eximiéndose de toda responsabilidad en esa crisis como el actor político más influyente de ese gobierno y presidente, durante los cuatro años de esa administración, del partido de la mandataria:

“Apenas instalada la nueva administración en La Moneda y antes del primer mensaje a la Nación, correspondiente al 21 de mayo de 2006 brotaban las divergencias y tensiones en el seno de la Concertación que, a la postre no afectarían tanto al gobierno en ejercicio sino que facilitarían o coadyudarían, aunque fuese involuntariamente, al triunfo de la derecha cuatro años más tarde... el proceso político no transcurrió por el mismo cauce constructivo y se impuso la tendencia a la escisión que se incubo en los llamados díscolos, fenómeno que se representó en una candidatura presidencial cuyo sentido de ser fue atacar a la concertación; sin esa opción no hubiera habido triunfo de Piñera”⁹.

Sobre el otro gran protagonista de la conspiración que concluyó con la defenestración de Gonzalo Martner en 2005, Ricardo Solari, no se conoce, tampoco opinión alguna sobre ese episodio ni una reflexión sobre los efectos y alcances de aquel torneo.

Impresionante resulta ser que, sobre el evento más decisivo del Partido Socialista desde la escisión de 1979 o del proceso de unidad de una década posterior, quienes

⁷ Ibid. pág. 313.

⁸ Camilo Escalona, *De Allende a Bachelet. Una vida política*, Aguilar, 2012.

⁹ Ibid.

fueron los artífices de ese proceso que culminó en lo inmediato, con el descabezamiento de la directiva que lideraba Gonzalo Martner y en el mediano y largo plazo con una fractura interna de la cual la colectividad aún no logra recuperarse por completo sumado a ello una colectividad que en las recientes elecciones municipales obtuvo el peor desempeño de su historia electoral alcanzando apenas el 6% en concejales, casi no se refieran a ese hecho dramático que marcó un antes y un después en la historia y la convivencia interna del Partido Socialista. Tampoco en la web se pueden encontrar las resoluciones de ese congreso de un partido que si las tiene de todos los demás eventos congresales realizados.

El PS hace dos décadas

A comienzos de 2003, la coalición de gobierno que entonces encabezaba Ricardo Lagos Escobar pasaba por su peor momento desde 1990: baja de la Concertación en las municipales de 2000 y parlamentarias de 2001; estallido de los primeros casos de corrupción sistémica en el conglomerado (coimas en plantas de revisión técnica, MOP-Gate y Corfo-Inverlink) y la consiguiente prisión de varios parlamentarios oficialistas, como el vicepresidente del PS, Juan Pablo Letelier, y ex autoridades de gobierno como Carlos Cruz y Patricio Tombolini.

El fantasma de la pérdida eventual del gobierno estaba a la vuelta de la esquina y no pocos daban ya como seguro el triunfo de Joaquín Lavín. En el contexto de una derrota previsible en las próximas presidenciales, más la imposibilidad de repostular, por normas estatutarias, a la directiva del PS de sus *barones* más emblemáticos, hizo que los principales liderazgos internos del PS permitieran el ensayo de una directiva de recambio que encabezaría el hasta entonces subsecretario del ministerio Secretaria General de la Presidencia (Segpres), que encarnaba un proyecto de modernización del socialismo.

En mayo de 2003, con el de las principales corrientes internas el economista se hacía del timón de mano de la colectividad y junto a él asomaban nuevos liderazgos, como los del secretario general, Arturo Barrios, y su más joven encargado de comunicaciones, Guido Camú.

Martner, apenas asumió, estructuró una mesa ampliada de consenso a la que quedaron incorporadas todas las corrientes internas de la colectividad. Una comisión política que funcionaba regular y estrechamente coordinada con el PPD, una mesa ejecutiva ampliada, y el esfuerzo por institucionalizar las decisiones del partido a través de sus órganos regulares sustrayéndolas de los livings de los *barones*, como se

había hecho costumbre desde inicios de la transición, más un estilo que diferenciaba el rol del partido respecto del gobierno, fueron el sello de su administración.

En ese sentido, su gestión tuvo una impronta dinamizadora que sorprendió a muchos: se entendió positivamente con Adolfo Zaldívar; preparó con tiempo la elección municipal de 2004; creó el Instituto Igualdad para ampliar la reflexión programática; estrechó los vínculos con el mundo social y respaldó el paro de la CUT de 2003 que le gatilló un conflicto con el entonces ministro del Interior, José Miguel Insulza, quien –de manera premonitoria– le advirtió que “*ser parte del gobierno tiene costos y beneficios*”; promovió la idea de un *royalty* que generó el enojo inicial del gobierno por ser una medida que no estaba considerada en su programa y que le significó conflictos con militantes PS –principalmente Enrique Correa y Eduardo Loyola ya convertidos en conocidos lobistas de la plaza–, quienes actuaban en función de los intereses de las mineras transnacionales.

Martner exigió la suspensión de la militancia de ambos mientras fueran *lobbistas* y Correa renunció al PS, lo que le valió al presidente del socialismo la acusación pública del vocero de Lagos, Francisco Vidal, de comportarse como un “talibán” por no aceptar el *lobbismo* en el partido de Allende. Tiempo más tarde, Escalona, Núñez y Letelier recibirían de nuevo a Correa con honores en la colectividad, aunque nunca se formalizó en un congreso partidario su reincorporación y, por tanto, continuó por aquel tiempo sin pertenecer a él.

La previa a la defenestración de Gonzalo Martner

Como se sabe la directiva que encabezó el exsubsecretario de la presidencia asumió en mayo de 2003 en un contexto en que, por estatuto, la mayoría de los líderes principales – Ricardo Núñez y Camilo Escalona – no podrían repostularse a un nuevo periodo en el comité central dado que llevaban dos mandatos en ese cargo. Eso más el contexto de una probable pérdida del siguiente gobierno a manos de la derecha hicieron factible una dirección de recambio que encabezada por el economista tenía como secretario general al expresidente de la FECH Arturo Barrios y como vicepresidentes a Jaime Gazmuri (renovación), Jaime Pérez de Arce (tercerismo) y Denise Pascal como vicepresidenta de la mujer. Como encargado de comunicaciones quedó el periodista Guido Camú¹⁰ y secretario de finanzas su íntimo amigo y colaborador Milton Lee.

Cuando está directiva asumió en su discurso de investidura Martner señaló que “*Los socialistas nos empeñaremos a fondo con el objetivo de triunfar contra LA DERECHA.*”

¹⁰ El Mercurio, 14 de junio de 2003.

La derecha es nuestro adversario. Una clave fundamental para el triunfo electoral del 2004 y del 2005, es afirmar el éxito del Gobierno del Presidente Lagos”¹¹, por lo tanto el desafío presidencial estuvo presente desde el inicio de su mandato.

El economista siempre señaló que su ascenso a la primera magistratura del PS no se debía sino al hecho de la crisis general de la concertación como alianza política y que se explicitó en las municipales de 2000 y parlamentarias de 2001 por lo que el 2003 se preveía que la siguiente elección presidencial se perdería en manos de la derecha, y ese escenario, más la imposibilidad por estatuto orgánico de elegirse por más de dos mandatos como miembros de comité central impedía la continuidad de dirigentes como Ricardo Núñez o Camilo Escalona, entre otras figuras, hizo posible el ensayo de una directiva de recambio monitoreada por los llamados barones del PS. Si se suman los tres factores da como resultado un grupo dirigente favorable dispuesto a generar un nuevo equipo que les permitiera *capear el mal tiempo político* que se venía.

Los reglamentos pueden ser pasados por alto cuando no cuadran con mayorías ocasionales, como la que desbanco al presidente del PS en enero de 2005 cuando solicitó prorrogar su mandato por un año a fin de no entorpecer los desafíos políticos que planteaba la elección presidencial de ese año y donde la candidata con mayores posibilidades era precisamente una militante socialista. Dicha decisión ya se había tomado antes como en 2000 cuando ante la elección municipal se decidió prolongar hasta 2001 la presidencia de Ricardo Núñez.

En su corta presidencia el economista había generado algunas iniciativas que le habían hecho ganar en legitimidad con sus bases. Convocó a un encuentro nacional de alcaldes y concejales socialistas dando una señal de claro compromiso y acompañamiento a los gobiernos locales; también, como colectividad respaldó la convocatoria a paro nacional de la Central Unitaria de Trabajadores (CUT) en agosto de 2003 lo que le generó conflictos con el gobierno; se convocó, además, a un encuentro nacional con dirigentes sindicales y sociales de la organización que pretendió generar un nuevo diálogo entre la autoridad partidaria y sus bases, ausente hacía tiempo.

La nueva dinámica de la mesa dirigente del PS tuvo repercusiones pronto como la incorporación de sectores que habían sido críticos. Un segundo aspecto, tal vez el más relevante de su gestión y en el que el presidente del PS puso todo su empeño y que vino a refrendar la gestión de la mesa que dirigía fue el respaldo desde su aparición en las encuestas de Michelle Bachelet como nuevo liderazgo presidencial, esfuerzo político en el que la mesa puso todo su respaldo y que a la larga también provocaría su caída.

¹¹ Intervención del compañero Gonzalo Martner Fanta, al asumir la Presidencia del Partido Socialista de Chile 14 de junio de 2003, pág. 15.

En consonancia con lo anterior, ese hecho político fue el más relevante que debió abordar la nueva directiva, en un escenario de creciente ascenso en la opinión pública de la figura de Michelle Bachelet.

El XXVII Congreso: el golpe blanco

En el inicio de aquel certamen político, cuyo máximo organizador era Osvaldo Andrade, a fines de enero de 2005, el entonces presidente del PS partió su cuenta resumiendo el avance en las tres grandes tareas que le tocó encabezar: contribuir al éxito del gobierno de Lagos, trabajar para que la derecha continuara siendo minoría y lograr la continuidad de la Concertación con un liderazgo progresista. En los tres desafíos al gobierno y a la coalición le había ido mejor de lo augurado: la opción de Lavín se desinflaba, se recompuso la relación PS-DC dañada por Adolfo Zaldívar, quien había declarado “*muerta*” a la Concertación, Lagos inició su segundo trienio exitosamente, el triunfo en las municipales del 2004 mediante un acuerdo sólido en la coalición aseguró la continuidad de la alianza oficialista. Atrás quedaban (aparentemente) los fantasmas de la corrupción.

Se venía el comienzo de la reactivación y, sobre todo, la consolidación del liderazgo carismático de Michelle Bachelet, para el que Martner había obtenido el apoyo unánime del PS, incluyendo a Insulza, y el del PPD desde Flores hasta Schaulsohn. Y si bien su gestión no estaba exenta de críticas –“*El MIR se apodera del PS*” (Cortés Terzi), “*Gonzalo tiene un estilo soberbio de dirección*”, etc.–, en general se había generado un ambiente distinto al de los primeros años de Lagos –¿recuerdan el “*piensa positivo*”?–, mientras existía un acuerdo de palabra y por escrito de prolongar el mandato de Martner, a pesar de que este señaló en que no tenía inconveniente en dejar el cargo si se prefería un nuevo consenso al solicitar un pronunciamiento de los diferentes líderes del PS. Con ese acuerdo formal, el ex mandamás del PS solicitó al pleno del evento la prórroga de su mandato por un año, para evitar una elección partidaria en plena campaña presidencial, como lo manifestó en su discurso de rendición de cuentas.

La primera señal de que no había agua en la piscina para dicha petición, arriesgando con ello la campaña de Bachelet con una grave confrontación al interior del partido de la candidata emergente, vino cuando la asamblea decidió separar la aprobación de la cuenta política de la extensión de su mandato. A Martner le aprobaron la cuenta, pero luego hubo una extensa espera sobre la segunda situación que se prolongó a lo largo de todo el día 29 de enero y que culminó finalmente con el rechazo a la prórroga solicitada por diez votos de diferencia, aunque hay quienes ponen en duda que los

votos hubieran sido bien contados. Lo que ocurrió ese día es digno de un análisis psicológico y sociológico sobre la organización.

Se sabe que luego de una nueva reunión entre Martner, Escalona y Andrade, estos dos últimos le reiteran su apoyo para la extensión del mandato a cambio de que Andrade tomara la secretaría general, lo que el primero acepta. El presidente del PS toma enseguida una decisión que será cuestionada posteriormente por su entorno, dado el desenlace del congreso. En vez de irse a la reunión de la Nueva Izquierda (NI), confía en Escalona y Andrade y se va raudo a una reunión de presidentes de la Concertación que se desarrollaba esa tarde de sábado. Cuando regresa, constata que Escalona y Andrade han decidido no cumplir por segunda vez un acuerdo formal y siguen conspirando para impedir la prolongación de su mandato con Núñez, Solari, Isabel Allende y José Miguel Insulza, más los parlamentarios con aspiraciones senatoriales (Rossi, Navarro, Letelier, entre otros), incumpliendo la palabra empeñada. Decide entonces señalarle a la candidata Bachelet que el PS está *ad portas* de una crisis mayor y que él, personalmente, no prolongará más esa situación, que puede terminar afectando a su candidatura presidencial, y se la jugará por que el propio Congreso elija a una nueva mesa, lo que efectivamente ocurrió, alejando un escenario de división.

Lo cierto es que al amanecer del domingo 30 de enero, un derrotado Martner, junto a un reducido número de colaboradores, compartía amistosamente y constataba el fin del proyecto de institucionalizar al PS por sobre el caudillismo y el clientelismo, federar a la izquierda democrática y social y llevarla a conducir ordenadamente reformas estructurales consistentes y de largo plazo en Chile, sin que aquello dependiera sólo del carisma e inspiración personal de los líderes presidenciales progresistas.

La compleja relación entre Gonzalo Martner y Michelle Bachelet: ¿anticipo de su caída?

Gonzalo Martner y Michelle Bachelet no formaban parte del mismo entorno ni redes y comenzaron a interactuar en la Comisión Política del PS a finales de los años 1990 y en la corriente Nueva Izquierda, a la que Martner se sumó luego de romper con el sector de la renovación por discrepancias en el tema de derechos humanos y en la política económica del gobierno.

Más tarde, en una reunión de la Nueva Izquierda en que Michelle Bachelet informó del apoyo de un colectivo de mujeres feministas PS-PPD para que el presidente electo Ricardo Lagos nombrara a Clarisa Hardy y Vivian Blanlot como ministras, el

economista le manifestó “¿por qué no puedes ser tu Michelle?”¹². Martner era miembro del equipo programático del electo presidente Ricardo Lagos y ocuparía luego los cargos de coordinador interministerial y de subsecretario del Ministerio Secretaría General de la Presidencia.

Al publicitarse el primer elenco ministerial la nueva flamante ministra de salud del presidente Ricardo Lagos era nada menos que Michelle Bachelet, de profesión médico¹³. La relación entre Gonzalo Martner y la ministra en ese tiempo estuvo circunscrita fundamentalmente a una de las primeras promesas del presidente Ricardo Lagos, sacar adelante la reforma del sistema de salud, que luego Osvaldo Artaza llamó plan de Acceso Universal con Garantías Explícitas (AUGE) y posteriormente se denominó Garantías Explícitas en Salud (GES).

Como se sabe, la militante PS comenzó a perfilarse en las encuestas como exitosa ministra desafiada por el presidente a cumplir con el fin de las listas de espera en los consultorios. A partir de enero de 2002 y hasta que dejó el gabinete para emprender su carrera presidencial en septiembre de 2004, fue ministra de defensa que es precisamente el tiempo en que se consolida en las encuestas. En la segunda mitad de 2003, el estudio de opinión del Centro de Estudios Públicos (CEP N° 46) la posicionó como el personaje público mejor evaluado, con 84% de opiniones favorables, por sobre el propio presidente Lagos y el aspirante de la derecha Joaquín Lavín¹⁴. La encuesta número 47 de junio- julio de 2004 la ubicó en segundo lugar como opción presidencial detrás de Joaquín Lavín¹⁵.

Gonzalo Martner, Juan Carvajal y Ricardo Solari habían, desde el gobierno, iniciado la discusión sobre la opción presidencial de Bachelet por sobre la de José Miguel Insulza, que ella aceptó explorar. Luego Martner renunció al gobierno, con la renuencia de Lagos que prefería que Martner permaneciera en su administración, para promover esa candidatura. Una vez lograda su elección como presidente del PS en mayo de 2003, la impulsó internamente y la hizo posible en las filas socialistas, junto a lograr el apoyo del PPD, además de buscar viabilizarla con Adolfo Zaldívar en la DC, con buenos resultados.

En el acto aniversario del PS en abril de 2024, Martner le ofreció el apoyo público a Michelle Bachelet para un destino presidencial, lo que ofuscó a la ministra, pues entendía que le ponía fronteras a su candidatura. Martner, por el contrario, desplegaba en esa etapa una estrategia de consolidar primero el núcleo duro de sus apoyos, para

¹² Conversación con Gonzalo Martner, 6 de diciembre de 2024.

¹³ En el libro sobre Bachelet, los periodistas Andrea Insunza y Javier Ortega, no se menciona el rol de Martner sobre ese episodio sino se releva el papel del senador Ricardo Nuñez en tal designación. *Bachelet. La historia no oficial*, op. cit., págs., 155-157.

¹⁴ Estudio CEP N° 46. Presentación.

¹⁵ Estudio CEP N° 47. Diapo 31.

luego burcar explícitamente a otros sectores políticos y de la sociedad, pero con un sólido e indiscutido apoyo de su segmento político propio, tal como habían hecho Aylwin, Frei Ruiz-Tagle y Lagos. Esta discrepancia provocó un distanciamiento entre ambos.

Carlos Ominami señaló más tarde algunas peculiaridades de la líder emergente: *“Es claramente el polo opuesto de Lagos. Alcanzar la presidencia de Chile no era parte de sus obsesiones, no estaba en sus planes. Ella no se comportaba como alguien que esté en ese empeño, desplegando un esfuerzo constante para sumar voluntades... Como ella misma lo ha declarado en múltiples ocasiones, hubo mucho de accidente en el proceso que la llevó a la cabeza del Estado”*¹⁶. Ominami reconoce que

“el problema para algunos, entre los que me cuento, era la actitud de la candidata. Automáticamente la respuesta de Bachelet ante cualquier consulta consistía en hacer presente que no estaba allí por interés y era una posición que no había buscado. Era algo así como decir ‘si les gusta bien, si no, búsqense otro candidato’... pienso que ella aprovechó la desmedrada posición en que se encontraba la concertación y que la dirigencia de la época, en la cual me incluyo, se rindió sin más frente a su popularidad”¹⁷.

Martner, por el contrario, ha señalado que siempre creyó en sus capacidades para hacer emerger un nuevo tipo de liderazgo, que consideraba necesario para la izquierda chilena y para la sociedad, con, además, una gran repercusión internacional.

El exsenador recuerda un episodio que develó muy nítidamente el carácter de la presidenciable. La reunión tuvo lugar en la residencia del entonces vicepresidente del PS y senador Jaime Gazmuri y la temática no pudo ser más relevante pues se definiría el aspirante socialista a La Moneda, lo que Martner ya había logrado con el apoyo de Jaime Gazmuri, Ricardo Solari, Camilo Escalona, Osvaldo Andrade y Arturo Barrios. Pero en esa reunión se formalizó la adhesión de Insulza a la candidatura de Bachelet:

“Los comensales éramos los así llamados ‘barones del Partido Socialista’. Allí estábamos sentados en torno a la mesa, el dueño de casa – en la cabecera como corresponde – Camilo Escalona, Ricardo Solari, Ricardo Núñez, Gonzalo Martner – presidente en ese momento del PS – Arturo Barrios, secretario general y José Miguel Insulza. Recuerdo que yo estaba en la cabecera opuesta, junto a la invitada principal, la doctora Bachelet... Una vez que terminó de hablar Insulza, intervino ella... Sin mucho preámbulo partió diciendo que Chile había experimentado un cambio muy profundo, que estaba emergiendo un nuevo tipo de ciudadanía que los políticos tradicionales eran incapaces de comprender y que Chile no podía continuar manejándose de la misma manera. Y descargó una frase terrible, ‘Si ustedes pudieran verse en el espejo, se darían cuenta de cuán lejos están de la opinión de los ciudadanos’... Sus palabras, pocas, pero secas, eran como latigazos. Bachelet se abrió paso en tierra de hombres con la espada en ristre. El cambio era impresionante. El personaje muy poco tenía que ver con el que todos conocíamos: afable, componedor y empático. En esos momentos sentí que había acumulado grandes broncas y que no estaba dispuesta a dejarlas atrás, así como así. En esta oportunidad nos tocaba relacionarnos con el

¹⁶ Carlos Ominami, *Los secretos de la concertación. Recuerdos para el futuro*, La Tercera ediciones, 2011, pág. 121.

¹⁷ *Ibid.*, págs. 173-174.

lado B de la doctora: glacial y sin concesiones... La tensión en el ambiente era evidente. Personalmente, me sentí humillado por recibir un trato que creía no merecer. En el fondo la doctora descalificó al grupo humano que desde el socialismo formó parte de la dirección política de la transición y que, luego del Gobierno de Lagos, se propuso apoyarla a ella. Para Bachelet, que no era parte de ese proceso, debía producirse, por el contrario, un recambio, total del equipo. He tenido la ocasión de confrontar estas vivencias con algunos de los protagonistas. Sé que Gonzalo Martner experimentó algo parecido a lo que relato... Más aún, asumió su responsabilidad política en tanto presidente del Partido Socialista y por escrito puso al día siguiente su cargo a disposición”.¹⁸

En efecto, el entonces dirigente máximo de la organización le escribió una carta a Bachelet donde le expuso que tomaba nota de que su gestión no era de la confianza de la ya candidata del partido y le presentaba su renuncia con efectos inmediatos. No obstante, la aspirante le dijo que lo señalado en la reunión en el departamento de Gazmuri no se refería a él y le pidió personalmente que continuara al mando del PS. Martner más tarde concluiría, dado el giro que fueron tomando los acontecimientos, que fue un error de su parte haberse mantenido entonces a la cabeza del PS.

Como ya es historia, la candidata salió del gabinete de Ricardo Lagos como ministra de defensa el 29 de septiembre de 2004, en forma simultánea a Soledad Alvear, la presidenciable DC. En el mes de octubre hizo campaña por todos los alcaldes de la concertación y por sus candidatos a concejales. Los resultados electorales del 30 de octubre de 2004 revirtieron la caída libre en la que venía la coalición oficialista desde las municipales de 2000 y las parlamentarias de 2001. En dicha contienda electoral el bloque gubernamental obtuvo más alcaldes y concejales que la derecha, recuperando municipios emblemáticos como Maipú, San Fernando o Rancagua. Gonzalo Martner y su directiva habían proyectado un 12% de votación- la Conferencia Nacional de Organización del 2001 había postulado un 15% - y el PS bordeó esa cifra incluyendo a los independientes inscritos en sus listas.

Casi un mes después, el 28 de noviembre de 2004 el pleno del comité central que encabezaba Gonzalo Martner la proclamó como la aspirante del PS a La Moneda en una eventual primaria compitiendo con Soledad Alvear.

La directiva del PS se abocó enseguida a procurar aportar a la aspirante las condiciones mínimas de logística – sede, vehículo, chofer, recursos- para poder desplegar su candidatura.

Como se sabe, la candidatura de Michelle Bachelet debía enfrentarse a la de Soledad Alvear y ambas el verano caluroso de 2005 estuvieron dedicadas a desplegarse por el país.

Sin embargo, en el PS, de acuerdo con su propio calendario electoral interno debían desarrollarse dos eventos significativos: realizar el congreso postergado debido a los

¹⁸ Ibid., págs., 174-178.

desafíos electorales y en mayo de 2005 concretizarse, también las elecciones internas. En noviembre quedó conformada la comisión congresal que quedó presidida por el dirigente de la Nueva Izquierda, la misma tendencia del presidente, Osvaldo Andrade.

La directiva de Gonzalo Martner buscó entonces resolver la elección en el mismo congreso y solicitó formalmente la extensión de su mandato por un año para no entorpecer el calendario electoral presidencial donde su aspirante corría con muchas ventajas, situación que ya había ocurrido en 2000 cuando al dúo Nuñez-Escalona también se les extendió el mandato hasta 2001 debido a las elecciones municipales.

En la preparación del congreso comenzaron a circular documentos de opinión de diversos grupos al interior del PS, que planteaban ya una crítica velada a la gestión del exsubsecretario de la presidencia: *“Nosotros como partido nos empantanamos electoralmente. A pesar de la transferencia de votos a los candidatos del partido desde el liderazgo del presidente y desde la popularidad de las encuestas de Michelle Bachelet. Si ello no hubiera hecho presencia en la elección ¿qué porcentaje real hubiéramos obtenido?”*¹⁹

Otros textos que circularon por ese tiempo resultaron ser mucho más explícitos sobre el verdadero propósito de la crítica velada a Martner, como lo fue el firmado entre otros por Carmen Lazo, Jaime Ahumada, Roberto Pizarro que postulaba en el voto político la *“Renuncia de la Dirección Nacional y la elección de todo el Comité Central en el Congreso, única forma de garantizar el respeto a los acuerdos y su posterior cumplimiento”*.²⁰

Las semanas previas al congreso se desarrollaron con relativa calma y con Camilo Escalona desplegándose en los territorios. Sin embargo, los días previos si se pudieron apreciar señales nítidas de que el ambiente no estaba del todo normal. Así por ejemplo en la región de O’Higgins se alertó al entonces secretario general, Arturo Barrios, sobre algunas irregularidades del proceso congresal como por ejemplo que todo el material para la realización de los congresos comunales estaban llegando directamente a la oficina parlamentaria de Juan Pablo Letelier y no a los presidentes de las comisiones organizadoras, algunos de los cuales, como sucedió en Rancagua, habían sido electos en presencia del presidente nacional de la comisión Osvaldo Andrade²¹.

¹⁹ Socialistas de izquierda, corriente de ideas, *“Razón Socialista en el camino al XXVII Congreso General Ordinario”*, S/f, ni edición, pág. 4.

²⁰ Documento 27 Congreso del Partido Socialista de Chile. Construyendo la izquierda en el partido y en el país, S/f ni edición, pág. 11

²¹ Quien suscribe alertó a Barrios sobre la irregularidad y le manifestó que desde la oficina del diputado Letelier, iban a “inflar” los delegados adherentes al Tercerismo y que había un complot en marcha contra su directiva. En la capital regional Gonzalo Martner, a comienzos de enero de 2005, cuando constituyó el primer comando comunal de Michelle Bachelet, advirtió a un medio de prensa local, que Juan Pablo Letelier no sería aspirante al senado. El secretario general me devolvió el llamado, me manifestó que había hablado con Gonzalo Martner sobre mi intuición y éste le habría dicho que ‘no están las

El congreso fue convocado para los días 28 y 29 de enero de 2005. El acto oficial se inauguración se realizó el viernes 28 por la tarde en el edificio Diego Portales – Hoy Centro Cultural Gabriela Mistral - y en el discurso inaugural el presidente en ejercicio pidió la extensión de su mandato:

“Por eso, con toda transparencia les propongo que, así como en el año 2000 el Comité Central prolongó el mandato de la dirección de entonces dado que se enfrentaba una elección municipal, realicemos las elecciones internas para renovar las direcciones nacionales, regionales y locales en Marzo de 2006. No se trata de atentar contra la democracia interna, se trata de ejercerla cuando no debilite nuestra tarea política central. Se trata con toda crudeza de una cuestión de oportunidad. Mantener las elecciones en mayo de 2005, sustraería desgraciadamente nuestra energía militante de la tarea presidencial cuando más necesitamos esa energía, precisamente en el momento más crucial de las definiciones que se avecinan. Ello no es contradictorio con que regularicemos las direcciones comunales y regionales que lo requieran, que fortalezcamos nuestra dirección política en el marco del Comité Central, que conformemos sólidos equipos internos de campaña en el ámbito territorial y programático incorporando a todos sin exclusiones”²².

La primera señal de que las cosas no estaban normales en la organización fue la larga y extensa espera de los cerca de quinientos delegados convocados a la ocasión quienes debieron hacer antesala el sábado casi todo el día mientras en los pasillos tomaba fuerza la conspiración. En la versión sobre aquellos sucesos el entonces presidente Gonzalo Martner recuerda que

“Me reuní después de almuerzo con Escalona y Andrade. A mí me acompañó Andrés Santander. Llegamos a un acuerdo, yo seguía en la presidencia y Osvaldo Andrade tomaba la secretaría general lo cual había sido conversado con Arturo Barrios. Enseguida me fui a la reunión con los presidentes de los partidos de la concertación donde me preguntaron por el tema y les señalé que había un acuerdo para la continuidad. Sin embargo, al volver al congreso a eso de las 18.00 horas pude percibir que Escalona estaba desconociendo el acuerdo e incumpliendo su palabra, pues quería tomar él la conducción del partido”²³

Se sometió entonces a votación la cuenta política del presidente. La primera señal de que el escenario estaba bastante complejo para el mandatario fue que la asamblea le separó la aprobación de la cuenta de la prórroga de su mandato. La primera fue aprobada y la segunda rechazada en una estrecha votación – diez votos hicieron la diferencia - luego de una tensa espera²⁴.

Se fraguó un acuerdo en torno a hacer caer la directiva que encabezaba el economista, pero no en quién iba a encabezar el nuevo proceso. La renovación que encabeza Ricardo Núñez, quien viaja desde Atacama ante la agudización de la crisis a la que no

condiciones políticas para que se manden un numerito”. Mi respuesta fue ‘es que Gonzalo no conoce a estos angelitos’. Nota del autor.

²² Gonzalo Martner, Informe al 27 Congreso General Ordinario del Partido Socialista de Chile. 28 de enero de 2005, pdf.

²³ Conversación con Gonzalo Martner, op, cit.

²⁴ Mayores detalles de cómo se implementó el complot están en el libro *El socialismo chileno. De Allende a Bachelet (1973-2005)*, págs., 462-468.

quería aparecer vinculado, no aprueba a Camilo Escalona y eso hace que el *statu quo* se mantenga a lo largo del día y se extienda hasta el anochecer.

Finalmente, cerca de las 4:00 am se lleva a cabo la votación de una nueva directiva donde la lista de los vencedores, Nuñez-Escalona-Solari, se impone por dos tercios frente a la que repostula al presidente derrotado.

En definitiva, y tal como lo percibió un medio periodístico:

“Nada de lo que se había planificado se trató en el 27° Congreso del Partido Socialista del fin de semana. Ni una idea ni una propuesta sobre el proyecto país ni nada parecido. La jornada fue una lucha por tomar posiciones de poder para administrarlo en las futuras negociaciones presidenciales y parlamentarias”.²⁵

Hay una imagen de un periódico en que aparece el economista rodeado de su equipo de confianza – Arturo Barrios, Guido Camú, Sergio Aguiló, Milton Lee, entre otros – al amanecer del domingo 29 de enero, en una fuente de soda compartiendo el sabor de la derrota.

En la versión del actual académico de la Universidad de Santiago, así vivió los momentos posteriores a su caída:

Luego de compartir con mis amigos me retiré. Al día siguiente – lunes 30 de enero – fui a la sede del PS a sacar mis cosas en una caja. Allí apareció un compañero ya fallecido – Rodrigo Salcedo – quien me esperó para saludarme en un momento difícil, en el que tuvimos un breve diálogo de esos que a uno le hacen mantener las esperanzas en la nobleza del ser humano. Al día siguiente salí muy temprano a Chiloé con mi familia, pero antes recibí la llamada de Michelle Bachelet, quien me señaló que lamentaba lo que había pasado. Yo la escuché y le dije ‘ten cuidado con esta gente. No es de fiar’. Y a partir de ahí me desconecté y comenzó una nueva etapa en mi vida, que incluyó mantener una cierta actividad política -fui candidato al Senado acompañando a Soledad Alvear para limar asperezas y mantener la relación con la DC- y entre otras cosas me permitió recuperar parte del tiempo que la política no permite dar la familia y a los hijos, además de volver a la vida académica.”²⁶

Si la sangre no llegó al río en el PS – un medio periodístico le pregunta a Ricardo Núñez por el quiebre interno luego del congreso y éste responderá: “*no hay problemas en el Partido Socialista, no hay ninguna trizadura*”²⁷ – fue porque los derrotados del 27° congreso tuvieron una conducta de lealtad hacia la institución a la que pertenecía la candidata a La Moneda. De hecho, en su primera aparición pública post derrota el expresidente dirá a un medio que “*su ánimo es de colaboración y que hará todo lo posible por apoyar a la nueva mesa, sobre todo en pos de la candidatura de Michelle Bachelet, que él defendió ‘a brazo partido’ mientras dirigió el partido*”.²⁸

²⁵ El Mercurio, 4 de febrero de 2005.

²⁶ Conversación con Gonzalo Martner, op. Cit.

²⁷ El Mercurio, 31 de enero de 2005

²⁸ La Segunda, 4 de marzo de 2005.

Un tiempo después , aunque ese mismo año se publicaría el libro de los periodistas Andrea Insunza y Javier Ortega²⁹, ahí recién Gonzalo Martner confirmaría un rumor que ya se le había hecho llegar desde su núcleo íntimo, se enteraría que, por iniciativa de la propia candidata cuya nominación él mismo había contribuido a consolidar, se había estado reuniendo periódicamente a su espaldas en su departamento de Apoquindo con Américo Vespucio en Las Condes, con los principales actores – Camilo Escalona, Ricardo Núñez y Ricardo Solari - que hicieron caer a la directiva del economista desde fines de 2003³⁰. Pese a que Martner fue designado como embajador en España a partir de fines de 2008, la relación nunca más se recompuso.

El fin del proyecto progresista en la Concertación

Más allá de la situación vivida en ese evento, que rompió amistades y complicidades que se habían construido en los años más duros de la dictadura, su resultado repitió otra constante de una organización heterogénea que en su historia no pocas veces ha resuelto dramáticamente sus conflictos. Así ocurrió en 1971, cuando la exitosa directiva de Aniceto Rodríguez, que colaboró en que Allende llegase a La Moneda, no solo fue defenestrada sino humillada en el Congreso de La Serena; tal situación se repitió en 1979, con el III Pleno Nacional clandestino que resolvió destituir a Carlos Altamirano de la secretaria general y que significó la más violenta división del PS.

Desde la unificación de 1989 y hasta la gestión de Gonzalo Martner, un cuidadoso sistema de integración permitía mantener a todas sus fracciones dentro de la colectividad y de ese modo garantizar la transición y anular el rol extrasistema del PC o de otras fuerzas. La unidad del PS como nueva casa común de la izquierda democrática era la garantía para que ésta pesara en el proyecto transicional, como lo logró, luego de múltiples avances y retrocesos, en materia de derechos humanos, frente a la frialdad de la administración de Aylwin y Frei en la materia y su disposición a consagrar impunidad a asesinos y torturadores. Pero no solo eso, la caída de Martner y el regreso de Núñez y luego Escalona a la presidencia del PS significó también el fin del polo progresista de la Concertación y el restablecimiento de una alianza conservadora al interior del bloque oficialista –el partido transversal o partido del orden–, que provocó a la postre la dispersión del PS como fuerza política aglutinadora y la incapacidad del progresismo de pesar sobre el curso económico y social del país. Primero se fue Navarro, luego Arrate, posteriormente MEO y Ominami, enseguida Aguiló, luego Crispi, siguió Gonzalo Martner y también Germán Correa, mientras a su vez, se interrumpieron los activos diálogos con la SurDa y lo que después sería la

²⁹ Andrea Insunza y Javier Ortega, *Bachelet. La historia no oficial*, op., cit.

³⁰ Ibid, capítulo 2, “la última paz de Caburgua”, págs., 32-35.

Izquierda Autónoma núcleo que resultaría ser el corazón de lo que se llamó originalmente “*la tercera fuerza*” y cuyo nombre luego mutó a Frente Amplio (FA).

Se destruyó el proyecto de casa común de la izquierda y el rol de articulación que ejercía la colectividad. Dicho de otro modo, al asumir Escalona en 2006 no había fuerzas de izquierda socialista más allá del PS. Una década después ya había cuatro: el Partido Progresista de Marco, el MAS de Navarro, Revolución Democrática de Crispí y Jackson, y la Izquierda Autónoma de Ruiz y Boric. Hoy en el Servel³¹ aparecen varios partidos más que se sitúan a la izquierda del PS como Igualdad, Alianza Verde Popular, Frente Regionalista Verde y Social el Partido de los Trabajadores Revolucionarios y el Frente Amplio que es la última fusión entre Revolución Democrática y Convergencia Social pero que, anteriormente albergó casi a una decena de grupos más.

A su vez, el PC se fue fortaleciendo sustancialmente. El personalismo, sectarismo y autoritarismo que caracterizó las dos gestiones de Camilo Escalona (2006-2010) y sus huestes no solo facilitó la dispersión de los socialistas, sino que contribuyó al quiebre de la DC y el PPD, que pusieron en minoría en el Parlamento a la presidenta Bachelet en su primer gobierno. También significó un retroceso en las ideas y programa de la coalición de gobierno, cuya expresión máxima fue una Mandataria con una imagen transformadora que nombra ministro de Hacienda a un neoliberal consumado, como Andrés Velasco, que intentó rechazar hacer reformas tributarias y laborales, con apoyo y complicidad del presidente del PS. Cuenta la historia que varios años después de aquel hecho tormentoso, se encontraron en una reunión el expresidente defenestrado y el, por entonces subsecretario del Interior, Mahmud Aleuy, oportunidad que el primero no desaprovechó para enrostrarle al segundo lo siguiente: “*Ustedes contribuyeron a atrasar la construcción de un Estado de Bienestar en Chile al menos diez años*”.

Veinte años después, la izquierda es un verdadero archipiélago de fuerzas donde hay un núcleo central de partidos que gira en torno al FA que obtuvo un 7,2% en concejales, el PPD el 4,6%, el PS, el 6%, el PC, el 6,2% y una multiplicidad de referentes menores como ecologistas de todo tipo, humanistas, regionalistas verdes, y un largo etc.

En 2015, a diez años de la caída de Martner, y el segundo año del gobierno de Bachelet II, el Parlamento aprobaba la reforma educacional que, se vislumbraba por aquel tiempo, podía significar el comienzo de la reversión definitiva del modelo educativo neoliberal imperante. También se aprobaba la reforma al binominal que por aquellos años se pensaba podía resultar, más allá de las suspicacias en el sentido de que

³¹ <https://www.servel.cl/partidos-politicos/partidos-constituidos/> Consultado el 17 de diciembre de 2024.

favorecerá a los parlamentarios en ejercicio, en el fin definitivo del ya desgastado esquema de acuerdos forzados en el Parlamento de la transición en que derivó el binominal. También se creía que la nueva legislación electoral, tal como ocurrió con la inscripción automática y el voto voluntario, podía abrir una verdadera caja de Pandora al interior del sistema político chileno, como efectivamente sucedió.

La integración de distritos y la ampliación de circunscripciones que permitiría la elección de más legisladores que no pertenecían a los dos bloques tradicionales, junto a listas sin subpactos, podía provocar, como también sucedió, un reordenamiento inesperado de las fuerzas políticas de centro izquierda. A partir de cada partido, como dice el refrán popular, tendría que rascarse con sus propias uñas para su propia subsistencia. Ya hace diez años estaban presentes los cantos de sirena desde el PPD, y en particular de Pepe Auth, para invitar al PS a la conformación de un solo partido, pues de lo contrario los dos serán afectados negativamente, como también se confirmó luego. Hoy la derecha tradicional – RN, UDI y Partido Republicano (PR) – representan el 42% del electorado que sufragó y si se le agregan el Partido Socialcristiano, Amarillos y el Partido De la Gente (PDG) de Franco Parisi alcanzan el 53%.

Teniendo como escenario de fondo un alto porcentaje de ausentismo electoral, por sobre el 20% y otro 21% de nulos y blancos con el retorno del voto obligatorio, el escenario para la centro izquierda no es para nada halagador ad portas de una nueva elección presidencial donde la derecha lleva una amplia ventaja.

Y es que veinte años después de la derrota de Martner y su equipo –“*no fuimos capaces de responder a las expectativas parlamentarias y laborales de cientos de compañeros*”–, otras condiciones y bases sociológicas –nuevas clases medias emergentes menos proclives al clientelismo y un mundo de clase trabajadora asalariada más autónoma– han logrado revertir, especialmente a partir de las movilizaciones sociales de 2011, lo que el liderazgo tradicional del PS truncó en enero de 2005 instalándose nuevos referentes políticos como los partidos que se agrupan en torno al FA, republicanos o la extrema derecha, el PDG (o también partido del desparpajo), Amarillos y el Partido Socialcristiano.

Hace diez años, amenazaba al PS la nueva escenografía política que generó la coyuntura de 2011. En esa perspectiva, hace una década era poco relevante si en las elecciones internas del socialismo triunfaba Camilo Escalona o Isabel Allende en abril de 2015. El socialismo chileno de entonces, y parece que tal como hoy, estaba lejos de aprender las principales enseñanzas de 2005: por ambición personalista, impericia y gestión cortoplacista de los espacios de poder dejó abierto un tremendo forado

político para que las nuevas fuerzas progresistas de izquierda encuentren un cauce de expresión distinto del tradicional. Por entonces, la reforma electoral aprobada, amenazaba el cada vez más precario y diluido rol histórico del PS como agente de articulación y transformación de la sociedad chilena que emergió en los años treinta del siglo pasado, en tanto expresión de los “*trabajadores manuales e intelectuales*” dispuestos a terminar con el orden oligárquico. Ese escenario permitía que se erigieran nuevas fuerzas de cambio progresista, tal como sucedió luego con los referentes que se agruparon en torno al FA.

2017: la persistencia de la dispersión

Cuando el senador Camilo Escalona continuaba siendo la gran figura del PS chileno y nuevamente se autoerigía como el factótum de Bachelet, escribí una columna en El Mostrador, a propósito de los 80 años del PS, que se llamó “*Olvidar a Escalona*”³².

En una época en que todo hacía presumir que el senador por Los Lagos sería un referente del futuro Gobierno, esa opinión resultó muy políticamente incorrecta, aunque premonitoria.

Y no se trataba de insistir hundiendo el dedo en la llaga al criticar abiertamente al más influyente hombre de PS en una década, sino más bien diagnosticar, creo que certeramente, al atolladero que él y su generación, habían conducido al socialismo chileno. Señalé entonces lo siguiente:

“Esta es, según mi opinión, la generación de la deuda política e ideológica del socialismo local –y por ahí puede estar además la explicación a la falta de una izquierda potente en Chile–, cuyo principal activo fue haber logrado su propia sobrevivencia. Es por ello por lo que hicieron del orden una obsesión y por puro miedo (y pragmatismo) devinieron en neoliberales”³³.

Agregué que aquella cohorte dirigencial es la del trauma de la dictadura y del miedo a la sociedad, la que se *aggiornó* por la transición y cambió las prioridades históricas del socialismo local: la representación de la gente por la mera cooptación del Estado... hombres y mujeres que no logran escapar a la lógica neoliberal y a los directorios de los grandes grupos de poder empresarial.

Indiqué, también, que aún está pendiente la investigación sociológica que expliqué la cruel transformación de este elenco que se acomodó al modelo. Remaché diciendo que

“para fortuna nuestra y también del Chile que está naciendo, que el PS cambie va a depender más de lo que suceda afuera en las calles y menos de lo que ocurra adentro de sus órganos directivos. Al

³² El Mostrador, 19 de abril de 2013.

³³ Ibid.

socialismo chileno más que a nadie le hace falta superar de una vez por todas a la generación de Escalona: la del puro pragmatismo, cuyos sueños transaron a cambio de hacerse propietarios de acciones en la bolsa”.³⁴

Bachelet, por entonces, se había reinstalado en Chile, vencería en 2013 (y junto con ella una parte de esa generación). Escalona, por entonces, para la opinión pública estaba lejos de venirse a pique y la columna fue, para el *grupo de poder* socialista, no solo políticamente incorrecta sino un verdadero acto de barbarie y de falta de prudencia de quien la escribió.

En el erial (no) iban a crecer flores

Luego empezó lo que todos sabemos: se vino Caval, en que dos militantes socialistas, miembros además de la familia presidencial, aparecieron involucrados directamente en un turbio negocio especulativo (donde, también, estaba la UDI completa); enseguida se vino SQM, donde se comprobó que varios miembros del comando de campaña, entre ellos, además, algunos socialistas, incluido un senador de la república, habían sido pagados con dineros del ex yerno de Pinochet; con posterioridad supimos que las pesqueras también habían pasado dinero a senadores socialistas en el contexto de la tramitación de la Ley de Pesca y que incluso Camilo Escalona recibió aportes de dicho origen en su última postulación senatorial; con posterioridad un balde de agua fría cayó sobre los estoicos militantes socialistas que aún resisten, cuando se enteraron de que la gran idea de garantizar la independencia financiera del PS había concluido con parte de su patrimonio invertido en SQM y en las AFP. Para colmo suyo, aún no se reponían de ese golpe, cuando uno de sus vicepresidentes y alcalde de una populosa comuna aparecía, según programa de investigación televisivo, vinculado a micro traficantes. Ardió, entonces, Troya, y la crisis por la que atravesaba la organización se hizo cada vez más evidente.

Y ya no fue solo la denuncia rimbombante ante un inútil tribunal supremo (TS), sino que fue la propia fiscalía la que tuvo que involucrarse en asuntos internos del PS a investigar al glorioso partido de Allende, Almeyda, Altamirano, Lorca, Ponce y Lagos y tantos otros que ofrendaron su vida por mantener vigente la utopía socialista.

Aparecieron entonces los analistas de siempre, que poco habían dicho o hecho por denunciar la putrefacción interna que carcomía a la organización, interpretando lo que ya sabíamos desde antes de 2013: que el PS iba camino directo del despeñadero político desde enero de 2005.

³⁴ Ibid.

Porque, a menos que el PS actual quiera darse un tiro en los pies y realizar una verdadera purga interna para acabar con las malas prácticas (y que podrían eventualmente concluir afectando a quienes encabezan su directiva), el asunto no tiene otra salida. El caso Manuel Monsalve, la arista PS en Rancagua o Puerto Montt, la fallida compra de la casa de Guardia Vieja o la solitaria autoproclamación de su mandataria, Paulina Vodanovic, como candidata presidencial son actualmente los últimos condimentos que evidencian la crisis de una colectividad que, sin los independientes, bordearía el 4,8 de las preferencias electorales.

No bastará ya con un congreso extraordinario para dilucidar el complejo panorama por el que atraviesa el PS, convocado por una dirigencia que encabeza Paulina Vodanovic y Camilo Escalona, luego de una irrelevante gestión de Álvaro Elizalde y Andrés Santander y que se encuentra extremadamente debilitada para discutir las condiciones de ejercicio de la soberanía interna para detener el clientelismo, cuestión que, como se sabe, está muy extendida al interior de toda la colectividad. La cirugía es mayor y puede concluir matando a la organización

Sobre el PS cuelga hoy una espada de Damocles que amenaza la sobrevivencia de la colectividad.

El PS: ¿qué pasó anoche?

Diversos protagonistas de la clandestinidad cuentan las difíciles condiciones en las que la primera dirección clandestina posgolpe pasó sus últimos días: Carlos Lorca aislado, sin recursos y con una enfermedad congénita; Ricardo Lagos Salinas viviendo en la extrema pobreza, con su padre asesinado y con su compañera, Michelle Peña, luego detenida desaparecida, esperando un hijo suyo; algunos de los sobrevivientes relatan incluso que, no pocas veces, se criticaba al «viejo» Exequiel Ponce porque no llegaba a las reuniones. La razón era más que plausible: sus zapatos estaban despedazados por el desgaste.

Generación desaparecida pero cuyo martirio, más la gesta heroica de Allende, sustentó el relato que permitió que el socialismo local dispusiera, para sus nuevos y viejos contingentes, de una dramática pero enriquecedora experiencia histórica, que hacía coherente su biografía y su lucha y que posibilitó su supervivencia en los duros años 70 y que, desde mediados de los 80, con nuevos aires, se transformara en una de las organizaciones juveniles con más presencia de masas en universidades y poblaciones.

Es por eso por lo que los viejos militantes resultaron ser los más dolidos y golpeados por los sucesos actuales. Tener que pasar de una historia dramática pero épica, que

consolidó el imaginario socialista, a la ignominia de SQM, Caval, San Ramón, las alcaldías de Rancagua y Puerto Montt y ahora el caso Monsalve y Guardia Vieja, hay un abismo de diferencia y no son pocos los que se preguntan: ¿cómo pudimos llegar hasta aquí?

Y es que, como en esa comedia cinematográfica donde sus protagonistas, al despertar de la resaca, no recuerdan nada y tienen que empezar a hilvanar, lentamente, la trama que los llevó hasta allí, los socialistas chilenos tienen que empezar a reconstituir las principales escenas de los últimos 20 años para explicar cómo se llegó de Allende, Lorca, Ponce y Lagos, a Miguel Ángel Aguilera, Juan Ramón Godoy, Gervoy Paredes, ahora a Manuel Monsalve y Guardia Vieja.

La ignominia: ¿por dónde empezar?

Tal vez, podríamos comenzar por la salida a la dictadura y la derrota de la tesis del levantamiento democrático de masas –la insurgencia– y la transición pactada que condicionó la situación en que el socialismo criollo se desenvolvería en democracia: como un aliado con el centro y de una DC que, en parte, tenía coincidencias ideológicas con el neoliberalismo, que buscó perpetuar el modelo económico heredado de la dictadura y no tuvo problemas en consolidar una democracia semi-soberana (Moulián diría más tarde: “*Chile, páramo del ciudadano y paraíso del consumidor*”), con una ideología de individualismo negativo que rompió la cultura fraternal socialista, imponiéndose el “sálvese quien pueda”. Así lo hicieron Núñez, Escalona, Solari y compañía, cuyo modelo fue adoptado luego por las generaciones de recambio, que consolidaron el individualismo político hasta llegar a los casos extremos aquí comentados.

Lo anterior, y el encanto de regresar al Gobierno, tal cual se señaló en el libro *El socialismo chileno*, apuró un proceso de unificación entre dos facciones absolutamente distintas –renovados y almeydistas–, con prácticas políticas y lógicas culturales disímiles, que fomentaron no solo la existencia de partidos dentro del PS sino que también consolidaron lo peor de ambas: el neoliberalismo de una facción de renovados y la cultura del aparato que tan bien representó el liderazgo de Escalona y su Nueva Izquierda, cuya consecuencia fue transformar al Partido Socialista en una red clientelar.

Es bajo esa escenografía que se produce la famosa reunión de El Escorial de mayo de 1996 y que reúne, por primera vez, a militares –encabezados por el entonces agregado militar en Madrid, Juan Emilio Cheyre– y socialistas, a la que asisten, entre otros, Ricardo Lagos, Camilo Escalona y Enrique Correa. No conocemos sus detalles, pero

sabemos sus resultados: los militares levantaron el veto a Lagos y luego Cheyre, bajo el mandato de Lagos, sería designado comandante en jefe del Ejército.

Así, a lo largo de los 90 y la nueva centuria, se fortaleció un partido altamente fraccionado, se consolidó la aceptación del modelo neoliberal entre su dirigencia, así como su dependencia del Estado –en ningún discurso de la época Camilo Escalona se refiere a la sociedad, el PS solo existe en su relación con el Estado– y se fomentó la red clientelar hasta llegar al paroxismo de San Ramón.

El propio Gonzalo Martner escribiría allá a fines de 1997 un documento donde realiza un crudo diagnóstico de la crisis del oficialismo luego de las elecciones parlamentarias de 1997, en que intentaba explicar la baja ostensible de la concertación y que se evidenciaba en la pérdida de 872.000 sufragios menos obtenidos en relación con 1993 y que se fundamentaban en función de no cumplir las expectativas que los ciudadanos tenían en torno a la coalición de gobierno, en el pérfido sistema binominal que hace que los que pierden empaten y que los que gana pierdan consolidando una actitud política dable al consenso, entre otros motivos³⁵, pero el debate sobre el rol del oficialismo quedaba abierto.

Lentamente la distancia entre las corrientes internas –renovados, terceristas y Nueva Izquierda– se fue haciendo menos difuminando, hasta desaparecer por completo. Bajo ese prisma no resultó casual que juntas –y con la venia de la candidata Michelle Bachelet - provocasen la caída de la directiva de recambio que encabezó Gonzalo Martner en el XXVII congreso, de enero de 2005.

Tampoco resultó una incoherencia que dicho evento solo se hubiese organizado para desbancar a dicha mesa, pues decidiría el reparto del animal en el Gobierno de Bachelet. Como lo constató el reportaje que *El Mercurio* hizo sobre ese congreso.

El PS, luego de ese certamen, quedó brutalmente partido en dos. El XXVII Congreso consolidó una mayoría hegemónica que, bajo el liderazgo de Camilo Escalona, persiguió y e impulsó la diáspora de la disidencia los que, uno tras otro, fueron abandonando la histórica tienda política que alguna vez representaron.

El PS abandonó su más cara aspiración de inicios de la transición –ser “*la casa común de la izquierda*”– para virar hacia al centro político y transformarse en el partido bisagra y su alianza con el PDC.

Fue emblemático también que, pese al reconocimiento, ya en su XXVI congreso, de enero de 2001, en plena administración de Ricardo Lagos, de manchas de corrupción

³⁵ Gonzalo Martner, “Los socialistas en el horizonte del 2000”, folleto s/e, diciembre, 1997.

en la colectividad - *“En diez años de gestión de Gobierno se han constatado prácticas que deben ser erradicadas con energía. El PS reclama tolerancia cero entre nosotros a todo atisbo de corrupción, de abuso, de lejanía burocrática respecto de los ciudadanos en las instituciones democráticas”*³⁶ -, la práctica política de sus dirigentes consolidó lo inverso: Escalona metió *“sus manos al fuego”* por un parlamentario, y se protegió a militantes involucrados en los casos MOP-Gate, escuela de conductores, donde solo José Miguel Insulza, entonces jefe de gabinete de Lagos, y los ministros de la Corte, saben el precio que el Gobierno pagó por la excarcelación del diputado socialista involucrado en ese hecho de corrupción.

El PS no solo hizo todo lo inverso a lo que se les había dicho los militantes en ese congreso, sino que, además, de algún modo, hizo vista gorda de la corrupción. Se instaló la idea-fuerza –no solo en el PS– de que ser corrupto, más aún si eras un personaje relevante, te saldría gratis. Es más, podría hacerte incluso más poderoso. Eso lo observó bastante bien la generación de Elizalde, Santander y Miguel Ángel Aguilera –por entonces operadores de los barones–, y algunos alcaldes más jóvenes que tomaron nota de ese aprendizaje.

Se vino a pique entonces, o se desmoronó, uno de los capitales más intangibles, pero más significativos, de la colectividad: su superioridad moral ante un adversario cuyas manos estaban manchadas con sangre. Por entonces, se empezó a construir y consolidar una solidaridad malentendida entre sus dirigentes, donde nadie decía nada porque, de alguna manera, todos estaban salpicados en algún episodio reñido con la moral. En ese ambiente, Miguel Ángel Aguilera fue fortaleciendo su original liderazgo territorial a vista y paciencia de casi todos sus dirigentes máximos.

El congreso de enero de 2005 consolidó e hizo visible a una mayoría sociológica de escasa formación profesional y política, pero ávida de cargos que, de la mano del férreo liderazgo de Escalona, creció y se masificó en la organización y que hoy muy bien representan los nuevos liderazgos socialistas, fenómeno que también promovió y fortaleció, en especial durante su segundo mandato, la presidenta Michelle Bachelet.

Eso sí, a un precio no menor y que es parte de los problemas que aquejan hoy a la organización: la constante pérdida de jerarquía de sus máximos dirigentes que, como hemos visto, ha sido un fenómeno que ha acompañado los últimos episodios de descrédito político que han ido envolviendo a la colectividad.

Todo lo anterior ha sido acompañado por otros fenómenos que, supongo, no solo han afectado al PS sino también al conjunto de las colectividades políticas actuales, y

³⁶ Ricardo Nuñez, Informe al XXVI congreso PS, pdf.

sobre lo que escribí alguna vez para un congreso, como es la falta de sinceramiento de los órganos colegiados de la institución. Todo militante socialista sabe, desde hace mucho tiempo, que el consejo general es más bien un acto de adhesión, que el comité central se parece más bien a un consejo general y que la Comisión Política (CP) es en verdad un comité central y que la mesa cumple más bien la función de CP. Y es un secreto a voces que las decisiones más relevantes se toman en otra parte. Hay una desinstitucionalización estructural al interior del socialismo chileno.

Manifesté en su oportunidad la incongruencia entre lo que dice el PS en su discurso y lo que hace en la práctica. Si uno se guía por las arengas que elabora el PS a través de sus órganos regulares –congresos, conferencias, plenos, etc.–, se puede observar una organización bastante radical e inconformista con el orden existente; en cambio, si se la mira desde su práctica política, es una colectividad suficientemente conservadora y defensora del orden y del *statu quo*.

Otra gran contradicción del PS: la distancia abismal que existe entre lo que dice la colectividad y lo que hacen sus dirigentes, fenómeno que se ha profundizado desde hace dos décadas junto con la falta de un relato coherente sobre la sociedad que el partido aspira a alcanzar y un desconocimiento de las nuevas realidades sociales.

Todo ello ha contribuido a gatillar la crisis ya casi permanente de la ya nonagenaria colectividad y a preguntarse si acaso el PS no camina ya, desde un tiempo a esta parte, hacia un proceso creciente de pérdida de relevancia política como si lo están evidenciando sus resultados electorales. A mediados de la década pasada el PS tenía más de 120 mil militantes inscritos y actualmente esa cifra llega a 42.234³⁷. Ese es un dato relevante para explicitar como se ha ido desarrollando el drama socialista.

Y por más que los estoicos y escasos militantes difundan documentos y tesis “*para recuperar el socialismo*” y continúen viviendo al interior de la colectividad, piensen que esta vez sí que sí, que esta vez se puede dar vuelta la historia oprobiosa de clientelismo que amarró para siempre los destinos del PS, el asunto parece que no tiene vuelta atrás. Y, tal vez, no esté lejano el día en que podremos observar el desplome absoluto de una de las colectividades, como lo diría el gran Raúl Ampuero, claves para entender el siglo XX chileno. Expulsada dos veces a balazos de La Moneda y de regreso en ella cuatro veces por la vía democrática, en circunstancias históricas disímiles

Seguramente el proceso, como todo fenómeno histórico, será lento y gradual, aunque permanente. Mi impresión es que la colectividad clave para entender el siglo XX

³⁷ <https://www.servel.cl/centro-de-datos/estadisticas-de-datos-abiertos-4zg/estadisticas-de-partidos-politicos/total-de-afiliados-a-partidos-politicos/> Consultado el 17 de diciembre de 2024.

chileno y nuestra peculiar transición, va camino de su inexorable extinción, que la llevará a transformarse o en otro partido radical o a fusionarse con otras fuerzas políticas progresistas para proponer un nuevo ideario social.

A pesar de que sus militantes me replicarán y dirán todo lo contrario, creo que asistimos al comienzo del fin de una de las organizaciones políticas más relevantes de nuestra última centuria.

Con mucha calma y sinceridad, y con mucho dolor, creo que no hay futuro para el PS chileno.

2025, veinte años después rebobinando la historia (o el lento ocaso del PS).

Han transcurrido veinte años desde el golpe de estado que derribo a Martner y el PS sigue viniendo en caída libre, tal como lo señalé en noviembre de 2017.

Debemos recordar que el ingreso del PS a la administración de Gabriel Boric se produjo de una manera bastante irregular. Al comienzo fueron militantes que, a título personal, como Maya Fernández o Manuel Monsalve, ingresaron al gabinete más bien en su condición de cercanos al presidente Boric que como militantes socialistas.

El ingreso formal del PS se produjo tras la aplastante derrota del 4 de septiembre de 2022. Allí ingresó la colectividad a través de la ministra de la Segpres y militante socialista cercana al bacheletismo, Ana Lya Uriarte, quien luego, en abril de 2023, sería reemplazada por el presidente del senado y ex mandamás del PS, Álvaro Elizalde. Con ese hecho, más una serie de cargos de nivel intermedio, se consolidó el ingreso de la tienda de calle París al corazón del gobierno pese a que no fueron pocos quienes advirtieron que con aquella decisión el socialismo chileno se estaba amarrando definitivamente al destino del gobierno. Y así parece serlo, si tomamos en cuenta sus últimos resultados electorales y un escenario político muy deplorable para el gobierno cuya última expresión fueron las elecciones del pasado 26-27 de octubre con pésimos desempeños para el oficialismo y también para la tienda política de calle París y que revisaremos luego.

Se ha ido profundizando aún más la percepción de pérdida de influencia social del PS, cuya mayor evidencia fue la primaria presidencial de 2021, en que la aspirante socialista, Paula Narváez, obtuvo menos votos que el registro de militantes de su partido, así como la pérdida de influencia en las comunas más significativas. Entretanto, proliferaron los casos emblemáticos como los de San Ramon, Rancagua y Puerto Montt, en que los alcaldes están detenidos por casos de corrupción. Sin embargo, el PS se las arregla, dados los aún peores resultados de los demás, en

especial la DC y el PPD, para seguir jugando un papel protagónico, por lo menos en el gobierno.

La pregunta que hoy deben hacerse los militantes y dirigentes del PS es si la organización derivará hacia una especie de Partido Radical (PR), muy disminuido, pero jugando un papel de bisagra en el sistema político, o si dará un giro para volver a desempeñar un papel relevante a través de una acción política distinta del clientelismo, que hoy controla y permea a toda la organización. Una de sus evidencias es que en algunos comunales, como el de Providencia, se hace llegar todos los meses por correo electrónico una actualización de las ofertas de empleo público, profundizando la vertiente burocrática que, hoy por hoy, está muy enraizada en la colectividad.

Por historia y tradición, el PS siempre tiene un alma que busca interpretar las demandas de la sociedad, aquella que nunca logra representar la derecha por su natural tendencia a ser el espejo del mundo cultural de “*los de arriba*”, que gira siempre sobre si mismo. En cambio, el socialismo siempre ha tenido una vocación de interpretar a grandes segmentos sociales dominados del campo y la ciudad, lo que le ha conferido un rol histórico en la sociedad chilena.

El Frente Amplio (FA), intentó sustituir esa tradición, pero no logró hacerlo pues quedó atrapado en una disputa generacional e identitaria, sin capacidad de representar el mundo del trabajo, aunque se hizo de un nicho electoral duro de sectores medios jóvenes que oscila en torno al 15%. Esto permite al oficialismo actual, aún en los peores escenarios, bordear el 30% del electorado, que atribuye a la coalición de gobierno ser un espejo posible de sus demandas de mejores salarios, previsión, salud, seguridad, acceso a la vivienda - y que hace de sus componentes, incluido el PS, un significativo para un segmento significativo de la población.

Por eso duele tanto la crisis del socialismo que se expresó nítidamente en las últimas elecciones municipales.

El Partido Socialista ha obtenido en ellas las votaciones más bajas desde su fundación el 19 de abril de 1933. Ni aún en el decenio de la dispersión (1945-1956), en que varias agrupaciones nacidas del tronco original – Partido Socialista de Chile (PSCH), Partido Socialista Popular (PSP) el Partido Socialista Auténtico (PSA) o simplemente PS – se disputaron el mismo espacio político, cultural y social de la colectividad que fundaron Grove, Allende, Schnake, Matte, entre otros, el resultado electoral fue tan bajo. El 6,1% obtenido en concejales en 2024 catapultó al histórico referente a su peor desempeño electoral en su ya nonagenaria existencia, según la tabla construida en base a los datos del Servel y de sus archivos históricos. No se consideran las elecciones parlamentarias

desde 1989, pues el sistema electoral obliga a pactos que implican que cada partido no presenta candidaturas en todo el territorio, lo que no permite comparaciones nacionales a lo largo del tiempo. En 1945-1956 sumamos las tres vertientes que se denominaron socialistas en ese periodo. Con esas particularidades se construyó la siguiente tabla.

Votación Histórica Partido Socialista

Partido	Votos válidamente emitidos	Votos PS	%
D1937 (PSU)	412.230	46.050	11,2%
M 1938 (PSCH)	485.006	49.506	10,2%
D1941 (PSCH)	450.248	75.500	16,7%
M 1941 (PSCH)	486.914	70.432	14,4
M 1944 (PSCH)	498.434	42.250	8,5%
D1945 (PSCH, PSU)	449.930	57.148	12,8%
M 1947 (PSCH, PSA)	552.034	49.024	8,9%
D1949 (PSCH, PSA, PSP)	464.872	43.432	9,3%
M 1950 (PSCH, PSP)	619.724	61.734	10%
D1953 (PSCH.PSP)	779.174	109.897	14,1%
M 1953 (PSCH, PSP)	759.379	83.743	11,1%
M 1956 (PSCH, PSP)	691.761	82.922	12,0
D1957 (PSP, PS)	878.229	93.807	10,7
M 1960 (PS)	1.229.503	119.506	9,7
D1960 (PS)	1.229.503	119.506	9,7%
D1961 (PS)	1.385.676	149.122	10,7%
M 1963 (PS)	2.068.463	229.229	11,1%
D1963	2.068.463	229.229	11,1%

D1965	2.353.123	241.593	10,3%
M1967 (PS)	2.343.287	324.965	13,9%
D1969 (PS)	2.460.129	294.448	14,8%
M1971(PS)	2.835.402	633.367	22,3%
D1973	3.629.049	688.020	18,6%
C1992	6.410.906	547.031	8,53%
C1996	6.301.298	674.222	10,70
C2000	6.515.574	735.209	11,28%
C2004	6.123.375	667.235	10,90%
C2008	6.086.895	697.982	11,17%
C2012	5 338.356	556.702	10,43%
C 2016	4 915.536	487. 126	10,7%
C2021	6.092.377	526.028	8,64%
C2024	10.273.326	622.462	6,06%

Fuente: servel.cl

- M: Municipales (hasta 1971 se elegían regidores).
- C: concejales (desde 1992).
- PSU (Partido Socialista Unificado).
- PSCH (Partido Socialista de Chile).
- PSP (Partido Socialista Popular).

En 2005 el Partido Socialista, luego del 27° congreso consolidó un viaje al centro, que lo llevaría a privilegiar su relación y su política de alianzas con el Partido Demócrata Cristiano (PDC) y no ya con el PPD y el Partido Radical y menos con las otras fuerzas de izquierda, prolongando un esquema de alianzas que era propio de las necesidades de la transición. De allí en adelante ese viraje creó un espacio para que los nuevos votantes que se identificaban con la izquierda desviaran su adhesión a otras fuerzas, mientras la organización perdía, por decisión propia, la capacidad de diálogo con los

nuevos actores políticos. Esto hizo posible la posterior irrupción de nuevas colectividades, las que terminaron agrupándose en torno al Frente Amplio (FA). Por ello no resulta casual que desde 2017 la colectividad venga en caída libre en sus resultados electorales. Su mayor fiasco, como ya se señaló, fue la candidatura presidencial de Paula Narváez, que llevó a la colectividad en las primarias realizadas junto a radicales y demócratacristianos en 2021 a obtener menos votos que los militantes afiliados a la organización. Y podría ser que la precandidatura presidencial de Paulina Vodanovic sea un fiasco más en ese derrumbe. Las dos avaladas por la expresidenta.

Ese proceso corrió en paralelo a la fragmentación y tensiones internas mal procesadas y manejadas en el PS, con la partida de las que ya hemos mencionado y, donde, algunos de los cuales, como Martner, Ominami o Aguiló, han regresado a la colectividad.

También durante ese ciclo político se profundizó la asimilación del PS al clientelismo como práctica política, tradicional en las fuerzas conservadoras desde el siglo XIX. Esto irrumpió con fuerza a partir de 2005 y fue afectando a la colectividad, lo que incluso mutó a corruptelas como la del alcalde y vicepresidente Miguel Ángel Aguilera. El PS tiene hoy a un exdiputado y subsecretario del Interior acusado de violación y a varios alcaldes presos y a otros con procesos abiertos por acusaciones de corrupción. Guardia Vieja fu el último episodio en esa caída libre.

También se fue consolidando la pérdida de la legitimidad institucional del histórico partido, una de cuyas expresiones fue su ingreso al gobierno de Gabriel Boric. No está de más reiterar que el actual presidente pactó al inicio de su gestión no con la institucionalidad partidaria, que representaba Alvaro Elizalde (que ya cargaba con el antecedente de la defenestración de Ricardo Lagos), sino con una minoría del socialismo, entonces representada por los diputados Maya Fernández y Manuel Monsalve. Estos ingresaron al gobierno como subsecretario del Interior y ministra de Defensa respectivamente, aunque no contaban con el apoyo de la dirigencia. La incorporación de Mario Marcel, vinculado al PS, corrió por otra vertiente. El ingreso de la agrupación al gobierno se produjo de manera formal, como ya lo señalamos el 4 de septiembre de 2022, lo que de algún modo saldó la deuda del gobierno frenteamplista con el PS. Pero esto no revirtió ni la caída de la adhesión a la administración Boric ni la pérdida de apoyo ciudadano al partido de Allende.

La relación de la colectividad con el gobierno ha sido zigzagueante y se ha expresado en que senadores del PS trabajaron abierta o solapadamente por el rechazo en el plebiscito de 2022. Varios de ellos, como los senadores Fidel Espinoza y Juan Luis Castro, se han constituido en los símbolos del *fuego amigo* hacia el gobierno actual.

A su vez, han surgido voces que plantean la incorporación de la agrupación política a un nuevo referente junto a la DC, el PPD, el PR y los liberales escindidos del Frente Amplio, que se expresa en la apuesta de la actual presidenta del PS, Paulina Vodanovic, por una alianza-fusión con lo que se ha denominado el “*socialismo democrático*” aunque últimamente su opinión ha cambiado hacia un acuerdo con el FA. Su última versión fue la coalición con la ex concertación en la lista a concejales con el PPD y la DC, que concluyó con los resultados más pobres de las tres históricas fuerzas fundadoras de la Concertación. El reciente pleno de su comité central realizado el pasado 14 de diciembre reiteró el vago llamado a “*construir una unidad política estratégica del progresismo, con vistas a las próximas elecciones parlamentarias y presidencial para responder a las necesidades del país*”³⁸.

Cabe preguntarse, incluso, mirando sus últimos resultados electorales, si el Partido Socialista ya consolidó su trayecto hacia la irrelevancia política, especialmente si termina de abandonar el proyecto político histórico de transformación de la sociedad que encarnó el allendismo. De confirmarse esta senda, como todo fenómeno histórico, sería necesariamente lento y gradual.

Como lo manifestó acertadamente Matías Toledo, al momento de ganar la alcaldía de Puente Alto, y quien fue apoyado por el grueso de los militantes del PS contrariando a su dirigencia, “*hay una izquierda que no tiene pueblo, que no tiene espalda*”. Esta frase tal vez simboliza lo que ha estado sucediendo en el PS desde que se consolidó la burocratización y clientelización de un referente que había construido a lo largo del tiempo un diálogo más o menos abierto y permanente con la sociedad y conectado con sus impulsos de cambio, pero que mutó, hasta ahora, a ser un partido casi exclusivo de funcionarios estatales.

Otro estertor del dramático congreso de enero de 2005.

³⁸ Partido Socialista de Chile, DECLARACIÓN DEL PLENO DEL COMITÉ CENTRAL, STGO, 14 DE DICIEMBRE DE 2024.

XXVII Congreso del PS: Lecciones para un futuro incierto.

Como en el XXIII congreso de La Serena en 1971 o III pleno nacional clandestino del XXVII Congreso de enero de 2005, emergió una colectividad rota y quebrada en su alma. Una mayoría circunstancial – los vencedores alcanzaron una diferencia de apenas diez votos en cerca de 500 delegados – lideradas por Camilo Escalona, Ricardo Núñez y Ricardo Solari hizo virar a lo que en algún momento se llamó “*la casa común de la izquierda*”, rompiendo su tradicional alianza con el PPD y PR, hacia un pacto con el centro político representado por lo más conservador del PDC. La colectividad dejó de dialogar con “*La Surda*” y las nuevas generaciones de actores políticos que serían conocidos a partir de las protestas estudiantiles de 2011 y que, basados en la identidad generacional, tomarían distancia de los referentes políticos de izquierda tradicional como el PS. Esta colectividad a su vez iniciaría, más allá del éxito electoral de Bachelet, una lenta pero irremediable pérdida de influencia política, cultural y electoral hasta alcanzar, incluidos los independientes, el umbral más bajo de su historia con el 6,06 de los votos válidos en las municipales de 2024.

A su vez se inició la larga diáspora socialista que, comenzando por allá por 2008 con Alejandro Navarro, continuó luego con Jorge Arrate, Marco Enríquez-Ominami, Sergio Aguiló, Germán Correa, Gonzalo Martner, Marcelo Díaz, cabezas visibles de un movimiento más soterrado que llevó al PS a pasar de más de cien mil militantes a inicios de la década pasada a los cuarenta mil de hoy.

Si bien algunos de ellos están de vuelta en la colectividad y el proceso de diáspora parece haberse detenido, lo cierto es que hay señales alarmantes sobre la pérdida de influencia y peso de la nonagenaria institución política. El eterno intento por el retorno, hasta ahora sin éxito, de Michelle Bachelet como varita mágica de salvación es un símbolo de la falta de capacidad del PS para generar y producir nuevos liderazgos, aunque la autoproclamación de Paulina Vodanovic, como lo fue el de Paula Narváez, puede concluir en profundizar esa crisis.

Lo anterior es sinónimo de la pérdida de influencia social de uno de los partidos claves del siglo XX y de la particular transición chilena que hoy, para bien y para mal, se autoerige como el soporte de la actual administración, mientras a la vez paga a un alto precio – su votación más baja en la historia partidaria - por sostenerla. ¿Será este el capítulo final de un proceso inaugurado hace 20 años, que se abre con la candidatura presidencial de Michelle Bachelet y que puede cerrarse nuevamente con ella, aunque tal vez no de la mejor manera?
